

mientos, de temores y de congojas, especialmente por la demencia de su consorte, parece adivinaba que nunca volvería á esa pintoresca ciudad, donde dejó tantos recuerdos y donde pasó días tan agradables.

Pasamos nuevamente por Perote, por San Agustín del Palmar, por las haciendas de Nopalucan y de Ojo de Agua; y si bien por doquiera se nos recibía con entusiasmo todavía, no dejaban todos de manifestar su extrañeza, porque todo el mundo se imaginaba que ya Maximiliano se había embarcado rumbo á Europa.

La gente sensata, al verlo regresar de nuevo, se decía que aquello sería, como efectivamente era, un nuevo elemento de guerra, que ésta sería ahora más sangrienta que antes y contemplaban con cariñosa tristeza al infortunado Hapsburgo á quien todas las personas de algún criterio, veían ya como una víctima expiatoria de los conservadores.

Había momentos en que dentro del carruaje en que íbamos el Soberano y yo, al vernos rodeados por las tropas que nos escoltaban, más bien me parecía que íbamos prisioneros y recordaba inconscientemente la vuelta de Luis XVI, aquel otro soberano desdichado, cuando había sido hecho prisionero en Varennes.

Á nuestra llegada á Puebla, nos alojamos en una preciosa propiedad rústica del obispo, denominada Xonaca y que el prelado puso á nuestra disposición, pues Maximiliano se rehusó á habitar en la ciudad, pensando á su llegada á México tampoco habitar en la capital.

CAPÍTULO II

En Puebla. — Residencia en la quinta episcopal. — Entrevista del general Castelnau y del ministro francés Dano con el Emperador. — El P. Fischer contesta á estos señores. — Viaje á México. — La hacienda de la Teja. — Toma de Cuernavaca. — Muerte del coronel Lamadrid. — Partida del ejército francés. — La última tentativa. — Derrota de Miramón. — Salida para Querétaro.

Además de las personas que con el Emperador habían venido de Orizaba á Puebla, yo pedí dos empleados del gabinete, para que me ayudaran en mis tareas, que cada día aumentaban.

El P. Fischer era desde la ausencia del capitán Pieron, secretario del gabinete, quien trataba con Maximiliano todos los asuntos delicados, y como los franceses al retirarse del país instaban al Soberano para que abdicase, el general Castelnau ayudante de campo de Napoleón tuvo una entrevista con el Emperador en la quinta de Xonaca, á instancias del dicho P. Fischer.

Igualmente solicitó hablar con él sobre ese delicado asunto el ministro de Francia en México, M. Dano; pero Maximiliano no quería recibir más que á Castelnau, alegando para ello el mal estado de su salud que efectivamente se encontraba bastante alterada.

Consintió sin embargo después en recibir á Dano y en la misma quinta se celebraron varias entrevistas, cuyo resultado práctico fué que el Soberano anunciara por conducto del P. Fischer, á los dos caballeros franceses citados, que necesitaba un mes para pensar y dar una resolución definitiva.

Comprendiendo Castelnau que lo único que se quería era ganar tiempo, convino con Dano en solicitar una nueva audiencia que les fué concedida y en la que Maximiliano declaró formalmente que rechazaba la abdicación que se le proponía y expuso sus proyectos para sostenerse en el trono, habló nuevamente de su deseo de reunir un congreso y afirmó que si alguna vez dejaba el poder, sería sólo por el voto unánime de esa asamblea.

Después de esta última entrevista, el ministro y el general regresaron á México.

Con excepción de esas conferencias, nada importante acaeció durante los quince días que permanecimos en la finca del obispo. El Emperador solo fué á la ciudad dos ó tres veces en toda esa quincena, pero hacía invitar á alguna ó algunas de las personas notables de Puebla.

El aire puro del campo lo había restablecido un poco

y parecía sentirse menos enfermo á la vez que más alentado.

Era, sin embargo, preciso partir cuanto antes y prepararse para la lucha, y el día tres de enero de 1867 salimos de Puebla rumbo á la capital del imperio, pernociando en San Martín, Río Frío y Ayotla. El seis á las nueve de la mañana llegamos á Mexicaltzingo, allí dejamos los carruajes y con excepción de Fischer, el naturalista Billimeck y el secretario Mangino, que siguieron en coche rumbo á México, todos los que acompañábamos al Soberano, montamos á caballo rodeando las calzadas de la ciudad hasta llegar á la hacienda de la Teja, situada entre Chapultepec y la actual calzada de la Reforma. En esa preciosa quinta de campo, fijó su residencia el Soberano.

En el camino que recorrimos de Mexicaltzingo á la Teja, se unieron á nosotros gran número de carruajes, conduciendo á las más distinguidas personas de la sociedad mexicana, que lanzaban gritos entusiastas de:

¡ Viva el Emperador! y sin embargo no se necesitaba ser un gran observador, para comprender toda la desconfianza que reinaba ya en todas las clases sociales de México, respecto á la causa imperialista.

En una hora y á galope tendido recorrimos el largo trayecto que separa Mexicaltzingo de la Teja, envueltos en las nubes de polvo que levantaban los caballos. Parecía que Maximiliano con la carrera del corcel que montaba, quería calmar sus presentimientos, sus temores y sus inquietudes.

Ya en la hacienda, nos esperaban los ministros, los consejeros y los altos dignatarios de la corte para recibir y felicitar á Su Majestad. Los oficiales de órdenes y los ayudantes de campo se había incorporado á la comitiva desde Mexicaltzingo.

Después de una hora que destinamos al aseo bien necesario de nuestras personas, nos sentamos á la mesa, pero en aquella comida, que muchos á soto voce, comparaban con la última cena del divino Maestro, la mayor parte de los comensales veían como un sueño que el Emperador, á quien todos suponían ya embarcado en Veracruz, presidiese la mesa.

Para colmo de penas, no bien había terminado la comida cuando se presentó un oficial de la gendarmería montada, solicitando ver á su coronel Lamadrid, á quien entregó un telegrama con el dictado de « Urgentísimo ». Pidió Lamadrid permiso al Emperador para leer el mensaje, y efectivamente de gran interés era el contenido de él. Venía de Cuernavaca y anunciaba que apenas habían salido de esa ciudad las tropas austriacas, quedando un pequeño destacamento de soldados mexicanos, cuando había sido asaltada por una fuerza liberal, á pesar de la resistencia que habían puesto los imperialistas.

Se agregaba que los asaltantes, en su afán de destruir, se habían dirigido á la residencia imperial (la casa de Borda) la habían saqueado y destrozado cuanto en ella había.

Lleno de ira y de indignación, solicitó Lamadrid

partir inmediatamente con su regimiento á Cuernavaca, ofreciendo arrojar de allí á los juaristas.

Ya podrán mis lectores imaginarse cómo terminaría aquella comida.

Los invitados todos se retiraron profundamente emocionados, preguntándose qué iba á suceder en breve, si á veinte leguas de la capital, se presentaban los liberales y se apoderaban de una ciudad que tanto afecto había demostrado por la causa imperial.

Al siguiente día, un nuevo telegrama anunciaba que las fuerzas de Lamadrid habían hecho huir á los juaristas hacia el sur, y que nuevamente estaba Cuernavaca en poder del Imperio, pero que en el calor de la refriega, Lamadrid, con su temerario valor, se había adelantado en persecución de los fugitivos, hasta dos leguas más allá de la ciudad; que los liberales lo habían observado, y viendo que iba solo, habíanse ocultado algunos de ellos entre los matorrales preparándole una emboscada.

Confiado Lamadrid en que ya sus enemigos huían á toda prisa, regresaba tranquilo para Cuernavaca, al paso, permitiendo á su caballo tomar algún reposo, y llevando en la diestra su sable ensangrentado, cuando una doble descarga de mosquetería hiriendo mortalmente al caballo había hecho caer en tierra al jinete, que fué literalmente destrozado por los liberales.

Maximiliano, al conocer todos esos detalles, no pudo contener su emoción, y se humedecieron sus ojos. Quería á Lamadrid con entrañable afecto, pues sabía

apreciar en lo que realmente valían la lealtad y la adhesión que aquel valiente tenía por su persona.

Lamadrid no tenía más de treinta y cinco años, estaba casado con una hermosa sonorensé que residía en Cuernavaca con sus cuñadas. Al día siguiente del trágico suceso, Maximiliano escribió á la viuda una sentida carta en que la comunicaba su condolencia, con frases cariñosas y sinceras, pero, ¿qué podían las palabras para quien perdía toda la dicha de su vida entera?

Durante nuestra estancia en la Teja, casi nunca vino Maximiliano á México, pues allí se reunían con bastante frecuencia los ministros y los consejeros. Durante ese tiempo, ocurrieron varios incidentes bastante enojosos con motivo de cartas cambiadas entre Lares y Bazaine. El general Márquez, nombrado comandante militar de la plaza de México, había impuesto una fuerte contribución de guerra y reclutado, por el sistema de leva, una fuerza de ocho mil hombres, y tanto la contribución como la leva, habían comenzado á sembrar el descontento y la desconfianza.

Dos acontecimientos más serios todavía hicieron que la situación entre Bazaine y el Imperio, ya demasiado tirante, se rompiera de una manera ruidosa, fueron estos, uno: la detención de Don Pedro Garay, ex-ministro de Juárez, que á pesar de tener un salvo conducto de autoridad francesa había sido aprisionado, y el otro la publicación de un artículo demasiado violento contra los franceses en el periódico *La Patria*. El mariscal pidió

se aprehendiera al autor del artículo y al gerente del periódico, y se clausurara la imprenta, y como el ministro no accedió á las pretensiones del mariscal, éste manifestó desde luego su enojo al saber la decisión del ministro y se quejó con Maximiliano, enviándole un extenso informe sobre lo ocurrido, en el que decía entre otras cosas:

— « He hecho saber al señor presidente del Consejo, que en lo sucesivo no quiero tener ninguna relación directa con la administración de que es presidente. »

Á lo cual contestó Maximiliano por conducto del Padre Fischer:

— « Que no podía admitir que hablara de sus ministros en los términos empleados en esa carta y á menos que no juzgara oportuno dar una satisfacción por esos términos, no quería ya en lo sucesivo tener ninguna relación directa con el mariscal. »

El capitán Pierron, jefe del gabinete del Emperador, para lo cual había obtenido licencia del mariscal, había desempeñado ese puesto desde la ausencia del comandante Loysel, pero había sido llamado nuevamente á su regimiento de zuavos. Adicto del todo á la persona del Soberano, estaba alejado de toda clase de intrigas, y quería sin comprometerse tenerlo siempre al corriente de cuanto pasase; para eso, no queriendo escribir nada, ni acudir á las residencias imperiales, se convino en que yo visitaría á Pierron en su domicilio, y allí me confiaría lo que pudiera interesar á Maximiliano, á

quien yo transmitiría las noticias del capitán de zuevos.

Habitaba Pierron un cuarto en el hotel de Iturbide, que más bien parecía cuartel, pues estaba casi totalmente ocupado por jefes y oficiales del ejército que se aprestaban para salir del país.

Allí fué donde varias veces acudí á visitar á Pierron. Salía yo de la Teja á caballo, como para un paseo, y al llegar al hotel Iturbide dejaba mi cabalgadura en el patio, y subía á las habitaciones de Pierron. Si éste estaba solo, hablábamos desde luego del asunto, y si tenía visitas, charlábamos indiferentemente de tal ó cual cosa, sin que él diera importancia alguna á mi visita.

Me presentaba como un antiguo amigo de oficina, bebíamos una que otra copa, y al retirarme me acompañaba hasta la escalera y me comunicaba lo que pudiera interesar al Emperador.

Así fué cómo, por mi conducto, supo Maximiliano el desacuerdo que existía entre Castelnau y Dano, y también la guerra sorda que el general Douay hacía á Bazaine, hasta acusarle de que por enriquecerse sacrificaba el honor de su país y de sus tropas.

En los últimos días de Enero, dejamos la hacienda de la Teja para venir á habitar el Palacio imperial. Muy serios fueron los motivos que obligaron al Emperador á dejar la hacienda, pero no se le hicieron saber sino que se le dijo que la situación exigía su presencia en México por tener que tratarse algunas veces asuntos que demanda-

ban su inmediata resolución; pero lo que en realidad sucedió fué que la policía que vigilaba la hacienda, había sorprendido en los jardines á dos individuos que se dieron por presos, diciendo que iban á robar, pero que todo hacía suponer que eran espías de los liberales ó comisionados para matar al Emperador ó apoderarse de su persona.

El día cinco de febrero de 1867 una inmensa multitud silenciosa llenaba las calles de México, presenciando la partida de las tropas francesas.

Á la cabeza de los regimientos marchaban el mariscal Bazaine y el general Castelnau, y las músicas militares atronaban el aire, mientras las banderas desplegadas al viento frío de aquella mañana anunciaban á los habitantes de la capital que el ejército invasor abandonaba el país.

El pueblo, indiferente y frío, no hizo demostración alguna hostil ni de entusiasmo; pero sí se expresaban por todas partes las simpatías que el francés alegre, decididor y galante se sabe conquistar en todas las partes del mundo, y también se manifestaba cierta curiosidad temerosa ante lo que sucedería en el Imperio, cuando ya las bayonetas francesas no sostuvieran esa causa, que hasta los más crédulos daban ya por perdida.

En el convoy que seguía á las tropas, iban multitud de emigrados mexicanos y franceses, empleados, ex-ministros, generales, propietarios y todos aquellos que, con justicia, temían por sus vidas al triunfar la República.

Otro sentimiento también se manifestaba entre la multitud que presenciaba la partida de Bazaine y de sus tropas, era cierta conmiseración por aquel desdichado Soberano, que se quedaba solo y abandonado á su suerte, con algunos miles de leales, que habiendo participado de su prosperidad, participaban también de su infortunio.

La retirada de las últimas columnas se hizo muy lentamente, habiendo permanecido Bazaine en Puebla los días 11 y 12, siguiendo el 13 su marcha para Orizaba.

Antes de llegar á Orizaba, supo el mariscal la derrota de Miramón, y creyendo que esta influiría en el ánimo del Emperador, envió á Dano un correo extraordinario, diciéndole que aun era tiempo de salvar al Soberano, que lo esperaría en Orizaba y que de allí partirían para Europa; pero cuando el correo de Bazaine que venía dirigido al ministro Dano, llegaba á México, otro correo extraordinario enviado por Dano se cruzaba con él y hacía saber á Bazaine que el día 13, el Emperador á la cabeza de un cuerpo de ejército, salía de la capital para continuar la guerra en el interior del país.

El ejército francés siguió su marcha hasta Veracruz, adonde llegó el 27, y cuando todo el resto del cuerpo expedicionario se embarcó en los buques preparados al efecto, el mariscal lo hizo también á bordo del *Soberrano*, que partiendo de Veracruz el día 27 de marzo, fué el último que abandonó las playas mexicanas.

Al retirarse el ejército francés destruyó gran can-

tidad de proyectiles y de pólvora, que no pudo llevar consigo. Á los reproches que se hicieron á Bazaine, de que no hubiera cedido esos proyectiles al Imperio, contestó que como los juaristas entraban á las ciudades que desalojaban los franceses casi inmediatamente que éstos salían de ellas, habría sido cederlos al enemigo.

El conocimiento de este hecho, la ruptura de las relaciones entre Maximiliano y Bazaine, las órdenes terminantes de Napoleón de que retiraran las tropas francesas; todo en fin contribuyó á que no se efectuara el último acto de cortesía que era de esperarse había de verificarse entre el Emperador y el mariscal, es decir una despedida oficial.

Así fué que como una muda protesta del gobierno Imperial, al salir las tropas de México, las puertas y ventanas del Palacio permanecieron herméticamente cerradas, sin que ni por una simple curiosidad apareciera una sola persona en algún balcón, estando hasta los centinelas dentro de sus garitones.

Pero desde las azoteas, tras de la alta citarilla, por la parte del Norte y hacia la calle de la Moneda, un hombre alto, envuelto en un paletot gris, y cubierta la cabeza con un ancho fieltro blanco, siguió con sus miradas las últimas columnas francesas, y cuando hubieron desaparecido dijo al grupo de caballeros que lo rodeaba:

— ¡ Henos libres al fin !

Miramón, al mando de una división, había abierto la

campana contra los juaristas, en el Norte, y con un brillante triunfo, tomado la plaza de Zacatecas, de donde casi milagrosamente habían escapado Don Benito y sus ministros, gracias á la rapidez de sus caballos á los que no pudieron dar alcance los fatigados jinetes de Miramón. *La salida de Juarez y de sus alrededores no fue como paso de arroyo*

Este triunfo fué anunciado con grande entusiasmo por los diarios de la capital, y auguraba buen éxito para los imperialistas; pero desgraciadamente seis días después el mismo valiente general imperialista era completamente derrotado en San Jacinto, por los generales liberales Escobedo y Treviño, perdiendo todo su material de guerra, veinticinco mil pesos y más de quinientos prisioneros, entre los cuales se contaban cerca de cien franceses que fueron fusilados.

Esta noticia fué la que, como antes dije, sugirió al mariscal Bazaine, que se encontraba en Orizaba, enviar á Dano un correo extraordinario, en el que proponía á Maximiliano se embarcara para Europa. Era de suponer, desde luego, que Maximiliano tan delicado y tan digno, no aceptaría ya de ninguna manera el abandonar á sus partidarios en momentos tan críticos.

Márquez, comandante militar de la plaza de México, había comenzado á hacer fortificar dicha plaza, y estaba dispuesto para cualquiera eventualidad.

Maximiliano, en traje militar y rodeado de un numeroso séquito, salía todas las mañanas á caballo á visitar las fortificaciones.

De acuerdo con sus generales, había dispuesto po-

nerse al frente del ejército y seguir la campana en el interior del país.

Tal decisión, según suponía él, no dejaría de levantar el ánimo de las tropas, muy decaído con la derrota de Miramón. Algunos timoratos personajes, como el P. Fischer y otros, que no se creían seguros lejos del Soberano ó que temían perder su influencia, intentaron disuadirlo; pero todo fué inútil, y el día diez de febrero, cuando se hacían los preparativos para el viaje, me hizo llamar á sus habitaciones y me dijo:

— «Voy á marchar á la campana y nadie puede saber los peligros que en ella correré. Ud no es militar ni tiene obligación de seguirme, tiene Ud además madre y hermanos que sostener, y me sería muy penoso que por mi culpa le acaeciera alguna desgracia; con gusto lo llevaría conmigo; pero estas consideraciones me impiden hacerlo.

— Señor, le contesté, si Vuestra Majestad me ha honrado teniéndome á su lado en los días afortunados, qué triste sería para mí verme separado lejos de su persona, cuando comienzan los días de amargura. Mi mayor pesar sería que Vuestra Majestad me dejase en México y mi mayor placer que me permita acompañarle.

— Bien, me dijo, entonces, Ud va por su plena voluntad; si así es y sucede una desgracia, nada tendré que reprocharme; por otra parte bien deseo que Ud me acompañe. Además de mi secretario de viaje, será Ud mi cajero llevando los gastos de la casa, para lo cual tendrá á su cargo algún dinero que recibirá esta noche de Sán-

chez Navarro. Puede Ud disponerse para la salida que será pasado mañana, pero conservando la mayor reserva. »

En efecto todo estaba dispuesto para ese día ; pero á última hora no pudiendo reunirse los fondos para la expedición, sino muy avanzada la noche, se decidió salir al día siguiente, que fué el 13 de febrero de 1867.

CAPÍTULO III

Salida de México. — Guerrillas en Cuautitlan. — El paso de Calpulalpan. — Tepeji del río. — Proclama imperial. — Arribo á Querétaro. — Recepción oficial. — Banquetes. — Rivalidad entre Miramón y Márquez. — Llegan las tropas del general Méndez. — Revista militar y distribución de condecoraciones.

Á las seis de la mañana del día 13 de febrero de 1867, salía Maximiliano de sus habitaciones en el Palacio Imperial de México, y bajando por la escalera de honor, se dirigía al patio principal, donde los que debíamos acompañarlo, lo esperábamos ya.

Eran estos el general Márquez, el ministro de Justicia Don Manuel García Aguirre, los oficiales de órdenes Pradillo y Ormaechea, el doctor Basch y yo.

La servidumbre se componía de tres criados, dos extranjeros y uno mexicano, además de algunos caballeros.

En el patio principal se encontraba también la infantería austriaca y los húsares. Y tan pronto como el So-